

## **DOMINGO XXIII DE TIEMPO ORDINARIO**

**1ª lectura** (Isaías 35, 4-7a): *Sed fuertes, no temáis.*

**Salmo** (145, 6c-10): *«Alaba, alma mía, al Señor».*

**2ª lectura** (Santiago 2, 1-5): *No hagáis discriminación entre vosotros.*

**Evangelio** (Marcos 7, 31-37): *“Effetá” (esto es, “ábrete”).*

Con facilidad creemos y esperamos que nuestra fe nos debe traer el favor de Dios. Y con mucha frecuencia protestamos porque Dios no se porta bien con nosotros, ya que no nos concede los favores que le pedimos. Así resulta difícil creer en un Jesús que se llama el Salvador y que no nos ofrece la solución a nuestros problemas. Frente a estos pensamientos frecuentes y que llegan a ser más comunes de lo que parece, resuena la voz del evangelio que nos dice que Jesús ¡Todo lo ha hecho bien! Y esta era la voz de las gentes que escuchaban y veían a Jesús, ¿Acaso el asombro de los contemporáneos de Jesús, se apoyaban en los milagros que el Maestro hacía en medio de ellos? Cuando pensamos en la falta de milagros actuales lo que nos lleva a dudar de esa capacidad salvadora de Jesús estamos alejándonos de la actitud fundamental del creyente.

Nos fiamos más de nosotros mismos y de nuestro criterio que del pensamiento de Dios, de su palabra liberadora y de su eficacia salvífica. Diríamos que se nos ha encogido el corazón y estamos acobardados por las dificultades ante las que no interviene Dios para librarnos de ellas. Y lejos de confiar en la intervención asombrosa de Dios recurrimos a otros liberadores que consiguen colmar nuestras exigencias que se han limitado a pasarlo bien.

Por eso buscamos la compañía del poderoso que tiene influencia, del que tiene medios para cubrir nuestras necesidades o del que halaga nuestros oídos y aplaude nuestras opiniones; rehuimos en cambio toda compañía que nos suponga un problema o el estado permanente de una dificultad. En términos evangélicos: que nos va mejor el rico Epulón que el pobre Lázaro. El primer obispo de Jerusalén, Santiago, escribía a sus feligreses para que no se dejasen llevar de esa tentación y que no confundiesen la fe con el favoritismo.

Dios no rechaza al pobre ni al atribulado, sino que viene en persona para ofrecerles una salida honrosa y digna. Ese sí que es un gran milagro que sucede cada día. La Humanidad Encarnada de Cristo se hace presente en su dimensión salvadora en todas las deficiencias humanas transformando su condición ignominiosa en camino fácil para responder cristianamente y superar gloriosamente la mayor de las dificultades.

A lo largo de la vida vivimos situaciones duras y difíciles en las que nos da mucho miedo que se hagan duraderas. Mientras las vamos viviendo tenemos tendencia a marcharnos a situaciones anteriores en las que estábamos más tranquilos, aunque también corremos el riesgo de evadirnos hacia adelante y, así, nos parece que ya las hemos superado. Pero no, de lo que se trata es de plantearnos, de la manera más sincera posible, cómo las estamos viviendo con sus dificultades y sus descubrimientos, qué nos están aportando a nosotros y a otras personas que las viven a nuestro lado.

Para poder recordar bien cualquier acontecimiento hemos de vivirlo intensamente, sino fácilmente pasa al olvido; y cuando llega otro similar nos vuelve a suceder lo mismo o parecido. Cuantas veces nos ha sucedido que hemos vuelto a un lugar en el que ya habíamos estado y queriendo volver a vivirlo de la misma manera y eso es imposible. La vida siempre es nueva y nada vuelve a ser lo mismo; ni siquiera nosotros que, teniendo un punto de partida, siempre vamos caminando hacia el punto de llegada, aunque pasemos varias veces por situaciones parecidas. En el tiempo presente, la vida la tenemos ocupada con el trabajo, la familia, los amigos, las actividades varias, etc. Pero yo soy de los que piensan que hay que tener tiempo para, viviendo el presente, preparar la etapa siguiente de nuestra vida, aunque no lleguemos a ella nunca.

Hemos de seguir avanzando conscientes de que no podemos ni debemos echar la vista atrás, sino adelante, hacia los objetivos que nos hemos marcado en ese plan de vida que renovamos cada año. Eliminando de dicho plan lo que nos impide avanzar y alimentándolo, en el día a día, con la ayuda de las personas que nos acompañan y nos quitan las trabas que van apareciendo en ese caminar en comunidad. Las personas somos eso, y además también somos poseedores de la capacidad de sentir, de querer, de discernir y de optar por lo que consideramos mejor para el proyecto de persona que todas tenemos y procuramos llevar hacia adelante.

Por ello es importante saber esperar actuando, saber guardar para después lo que nos puede servir para la etapa siguiente, saber animar a las personas de alrededor que estén más pasivas, esperando que las cosas lleguen y saber desprendernos de las ataduras que tenemos a las cosas, a los lugares y a las personas que se empeñan en depender de nosotras.

La presencia de Cristo mediante la fe nos hace superar esas pruebas en las que nos parece, según nuestro criterio, que ya no hay otra solución posible que la huida del problema o la desesperación. Lo que no podemos de ninguna manera es confundir esta fe en Jesús con que los problemas se solucionen según nuestro criterio que busca más el favor que no la cruz, que también forma parte de la solución que Cristo da a los problemas humanos. Bastaría creer de verdad que Jesús todo lo hizo bien para no rechazar ese milagro asombroso de una salvación que opera eficazmente en la cruz y que adquiere su sentido último en la resurrección.